

guardianes comarcanos, no le faltando negocios de su oficio á que acudir entónces y despues, como adelante se irá refiriendo.

A esta sazón que el padre Comisario llegó á México, estaba en Tezcucó, siete leguas de aquella cibdad, un fraile llamado fray Antonio de Cibdad Real, cuartanario de casi tres años, que habia ido de la provincia de Yucatan á curarse, y teniendo de él noticia el padre Comisario, le envió á llamar mandándole por obediencia que fuese á su presencia á México. Hizolo así el fray Antonio, y llegado allá le mandó por la misma obediencia que le acompañase y fuese su secretario, y luego le entregó el sello de su oficio, no obstante que fray Alonso de San Juan, el que habia ido de España con el padre Comisario, pretendia con todas sus fuerzas serlo, y que á él se le diera; y porque esto no se hizo, se desgració tanto y se mostró siempre tan contrario al padre Comisario y á sus cosas, que no paró en prosecucion desto, hasta que murió en la demanda, como adelante se dirá. Por el secretario sobredicho despachó el padre Comisario sus patentes y recabdos á todas las provincias de su distrito, que demás de la del Santo Evangelio de México, eran tambien la de Yucatan, la de Guatemala, la de Michoacan y la de Nicaragua, y las custodias de Zacatecas y Tampico, en todas las cuales fueron bien recibidos y sin réplica obedecidos. Este tambien le acompañó en la visita de todas estas provincias, y en todos sus caminos, destierros y peregrinaciones, así por mar como por tierra, fué su compañero *ad-látère*, participando de todos sus trabajos y persecuciones sin dejarle un punto hasta volver con él á España, como adelante se dirá.

A este mesmo tiempo estaba un poco inquieta la

provincia de Yucatan, arriba dicha, y el Provincial de ella renunciaba muy á prisa, y habia enviado un fraile con recabdos pidiendo comisario que la visitase y tuviese en ella capítulo provincial, y queriendo el padre Comisario general ir á esto en persona, se lo estorbaron y le fueron á la mano el provincial y difinidores de la provincia de México, representándole que demás de que era ponerse en manifiesto peligro de la vida, por ser como era recién llegado de España y haberse luego de tornar á embarcar, no convenia hacer en aquella coyuntura ausencia de México donde comenzaban ya á juntarse los Obispos sufragáneos de aquel arzobispado para el sínodo provincial que se habia de tener y celebrar en aquella cibdad, porque decian que importaba mucho que asistiese á él y volviese y abogase por sus provincias como prelado general y pastor de todas; teniendo por cierto que habia de tener voto en aquel concilio como lo tienen los Generales de las ordenes en los concilios generales, pues en toda la Nueva España tenia las veces de nuestro padre General. Estas razones daban para que el padre Comisario general no fuese á Yucatan, sino que se quedase allí en México. Pero quien tanto pugnó despues para echalle no solo de aquella cibdad, mas aun de toda la provincia (como adelante se dirá) puédese presumir que en pretender entónces que no hiciese ausencia de ella, pretendia algun particular interés y, segun algunos dijeron, era que enviase por comisario á Yucatan uno de sus amigos, para los fines que ellos se saben. Pero el padre Comisario, teniendo por entónces atención más á las razones que le daban, y pareciéndole bastantes, dejó la ida de Yucatan, y envió allá por su comisario á fray Alonso Urbano, fraile prin-

*oro*  
 cipal de la provincia del Santo Evangelio, y Guardian del convento de Tlaxcalla, predicador en nuestra lengua y en otras dos de las de Nueva España, que son la mexicana y la otomí, el cual visitó aquella provincia y tuvo en ella capítulo provincial y la dejó muy quieta y pacífica.

Asimesmo luego como el padre Comisario general llegó á México, comenzaron á venir cartas y avisos y aun quejas de los frailes de la provincia de Michoacan, pidiéndole los fuese á visitar y consolar, y que en ninguna manera dejase de hallarse en su capítulo intermedio, que le habian de tener el dia de San Sebastian del año siguiente de ochenta y cinco. Por otra parte los de la Custodia de Zacatecas estaban sin Custodio, y pedian visita y que se les diese prelado; y aunque el padre Comisario queria acudir á lo uno y á lo otro y remediar todas estas necesidades, y lo pretendió y hizo sus diligencias para hacerlo, nunca el Arzobispo de México, que (como queda dicho) gobernaba la tierra, le quiso dar licencia para salir de aquella cibdad, sino que se estuviese en ella, porque le comunicaba mucho y gustaba de su conversacion y letras. Viendo esto el padre Comisario envió á Zacatecas á fray Cristóbal de Cea, fraile docto y principal de aquella provincia y que habia sido difinidor della, para que tuviese capítulo en la Custodia sobredicha, dándole asimismo comision para que de camino visitase tres conventos de la provincia de Michoacan, y él se quedó en el de San Francisco de México, en el cual y en el de Santiago de Tlatilulco se detuvo tres meses, al cabo de los cuales, importunado del Arzobispo y persuadido que así convenia, le concedió licencia para poder ir á Michoacan, donde cada dia venian nuevas cartas pidiendo con mucha instancia que se hallase en su capítulo, y dando

á entender que estaba la provincia inquieta y que si allá no iba habria en el capítulo alguna turbacion. Alcanzado este beneplácito y licencia, salió el padre Comisario de la cibdad de México para la provincia de Michoacan, llevando en su compañía á su secretario y á fray Juan de Castañeda, difinidor y hijo de la provincia del Santo Evangelio, Guardian que á la sazón era de Santiago de Tlatilulco, y á fray Juan Cano, lego, hijo de la misma provincia, y al corista que habia sacado de Oropesa. Pasó este camino como aquí se dirá, aunque con breve y muy sumaria relacion.

Miercoles dos de Enero de mil quinientos ochenta y cinco años, salió el padre Comisario entre las ocho y las nueve de la mañana, del convento de San Francisco de México, camino de Michoacan, y andada una llegó al convento y pueblo de Tlacuba, donde le estaba aguardando el provincial y los otros difinidores y otros frailes, con los cuales comió y todos se regocijaron en el Señor, mostrando en lo exterior pesar y tristeza de que se les absentase y rogándole diese presto la vuelta.

La legua que hay de México á Tlacuba, es de camino ameno y muy deleitoso, por una calzada hecha á manos. Por la una parte y por la otra hay huertas y casas de recreacion, y muchos prados y lagunillas y acequias de agua, donde se coge mucha fruta, mucha rosa castellana, y hay gran suma de trebol de Castilla. A la banda del mediodía viene por la orilla de el mismo camino la media legua hasta entrar en México, una fuente encañada que lleva medio buey de agua muy buena, de que se provée la mitad de la cibdad. Nace esta fuente en un pueblo llamado Santa Ee, dos leguas de México, como despues se dirá; y media legua ántes de llegar á

1585

la cibdad, pasa á raiz de una casita de frailes descalzos de nuestra órden que está en el mesmo camino, los cuales no eran entónces de la jurisdiccion del padre Comisario, pero fuéronle despues, como adelante se dirá á su tiempo.

Aquel mesmo dia dos de Enero salió de Tlacuba el padre Comisario con determinacion de ir á dormir á un pueblo de indios otomíes llamado San Antonio, visita de clérigos, y estando ya de camino á la puerta del convento, llegó un religioso, hijo de aquella provincia llamado fray Pedro de Zárate, que venia de la de Guatemala, para la cual habia traido en aquella flota frailes de España y venido por su Comisario, y queriendo dar al padre Comisario general las cartas y recabdos que llevaba, no los halló en la manga, y así se volvió á México donde entendió que se le habian olvidado. El padre Comisario comenzó su viaje sin llevar indio ninguno ni otra persona que le guiase, porque ni se le dieron, ni á él ni á sus compañeros se les acordó de pedirla, y caminando por un camino ancho y al parecer muy usado, á cabo de un rato tomó él y el difinidor (con quien iba hablando) otro muy diferente; los compañeros que iban delante advirtieron esto y enviaron de presto á decirles con el fraile lego que no iban bien por allí, que volviesen al camino ancho, y creyendo que presto los alcanzaria siguieron ellos aquel carril ancho, el cual los llevó por unos altos que llaman de Tlacuba, en que se coge muncho y muy buen trigo; y caminando poco á poco yendo siempre aguardando al padre Comisario y á los demás, pasadas muchas barrancas y algunos arroyos, llegaron ya muy de noche al dicho pueblo San Antonio, tres leguas grandes de Tlacuba, y á cabo de rato llegó el fraile lego

solo, el cual les dijo que por no haber podido alcanzar al padre Comisario y al difinidor, se habia vuelto, creyendo que iban por algun atajo, de que no poca pena y pesadumbre recibieron todos. Hicieron luego que los indios estuviesen tocando las campanas y que otros allá fuera del pueblo tañesen las trompetas, para que si los perdidos (que por tales los tenian ya) las oyesen pudiesen atinar con el pueblo; porque hacia una noche muy oscura y eran muchas las barrancas que por allí hay, en que fácilmente podian caer y despeñarse. Fué Nuestro Señor servido que entre las nueve y las diez de aquella noche, llegaron con una oscuridad muy grande, mojadas las piernas y muy quebrantados del mucho andar perdidos atravesando acequias y barrancas; porque segun parece, cuando salieron de Tlacuba comenzaron á hablar, y embebecidos en su plática sin mirar por donde iban, dejaron ir las cabalgaduras por donde los quisieron llevar, y advirtiendo despues que iban perdidos, rogaron á un indio que acaso encontraron, que los guiase á San Antonio, pero el indio los llevó á otro San Antonio que llaman de las Huertas, junto á México, y echando entónces mas de ver cuan perdidos iban, dieron la vuelta, y andando cruzando acequias de agua sin atinar con el camino, llegaron á una algo honda, y queriéndola vadear el padre Comisario, se hundió la bestia en que iba hasta que se le cubrió el anca, y él se mojó hasta encima de las rodillas: el difinidor no se atreviendo á pasar por allí, dióse á buscar otro paso y halló un madero atravesado, por el cual pasó á pié, dando su bestia al indio, el cual la pasó por otra parte y se mojó aun más que el padre Comisario. Fué Dios servido que á esta sazón llegó allí un español y buscó otro indio y le

pagó porque los guiase al dicho pueblo San Antonio de los Otomies. El difinidor viendo al padre Comisario cuan mojadas tenia las calcillas, quitóse las suyas que estaban secas y dióselas porque no le hiciese mal, y lo mismo hizo con las suelas, y á él le ató el español á los piés unos pañuelos de lana que le sirvieron de peales y zapatos, y desta manera llegaron todos tres á la hora dicha á San Antonio, donde los estaban los demás aguardando. Con su llegada se holgaron todos y recibieron mucho consuelo, aunque les hizo lástima ver cuan mal tratados iban, y oírles contar lo que habian pasado. El secretario que iba cuartanario, tuvo aquella noche calentura, y al difinidor le dió un desmayo tan grande que estuvo un rato muy fatigado y casi sin habla, aunque luego volvió en sí. Finalmente, todos pasaron lo restante de la noche con mucho trabajo y no ménos frio, que le hace en aquellos altos muy fino. A la mañana cuando se levantaron, poco ántes que amaneciese, hallaron que habia llegado fray Pedro de Zárate con las cartas y recados que se le habian olvidado en México, el cual por hallarlos y traerlos de presto al padre Comisario, habia andado la mayor parte de aquella noche; y de allí fué en su compañía hasta la cibdad de Valladolid. Todos estos infortunios sucedieron en aquella primera jornada, y por ventura era todo industria y traza del demonio, para que no pasase adelante el padre Comisario, y se dejase de hacer el bien que en aquel viage se hizo, que no fué pequeño.

Jueves tres de Enero salió al amanecer de aquel pueblo, y acabados de subir y bajar los altos sobredichos, con los puertos que hay entre México y Toluca, y pasadas á subida y bajada muchas barrancas con un frio

muy recio, llegó como á las diez del dia al Rio Grande, que por otro nombre se llama de Toluca, porque corre por áquel valle, no lejos de aquella villa. Pásase por una puente de madera, junto á la cual estaban muchos indios é indias de un pueblecito no lejos de allí, llamado San Mateo, puestos en procesion aguardando al padre Comisario con cruz y pendones, pretendiendo llevarle á comer á su pueblo; agradeciéndoles su devocion y buena voluntad, pero no accedió á lo que pretendian, porque importaba mucho llegar presto á Michoacan, y no convenia detenerse. Pasó, pues, adelante y andadas dos leguas de camino tan llano que aun á los muy descansados cansa y muele, llegó á mediodia á la villa y convento de Toluca, cinco leguas largas de San Antonio, dos del Rio Grande y nueve de México. Hiciéronle los indios de aquella villa muy solemne recebimiento, con muestras y señales de mucha devocion, lo mesmo mostraron los españoles que allí residen, que son muchos. Los indios de aquel pueblo y los demás de aquella Guardianía, parte de ellos son mexicanos, parte otomies, parte matalringas y parte maraguas, que son diferentes naciones y diferentes lenguas, aunque los maraguas hablan la lengua otomí corrupta; todos caen en el Arzobispado de México. El convento es bueno y bien edificado, está acabado, con su claustro alto y bajo, Iglesia, dormitorios y huerta, en la cual se hace muy buena hortaliza y se dan duraznos y tunas de maravilloso sabor. Habia á la sazón en aquel convento estudio de Teología y muchos estudiantes; cuando no le hay moran en él de ordinario cuatro religiosos.

Está aquel convento con otros tres fundado en un valle muy grande que llaman de Toluca, muy fértil de

maiz y de pastos para ganado mayor y menor, y así hay en él muchas estancias, críanse muchos puercos y hácese maravillosos pernils que tienen fama en toda la Nueva España. En Toluca hacen los indios de yerbas de la tierra, cuerdas para mugeres, muy blancas y delicadas, y tan curiosas como se pueden hacer en Castilla: es pueblo de grande vecindad y en él y en todo aquel valle hace muy recio frio y se dan muy buenas tunas y en mucha abundancia.

Despues de haber comido el padre Comisario allí en Toluca, descansó hasta la tarde, que partió de aquel pueblo y convento y fué á dormir á otro llamado Zinacantepec, una legua mas adelante de camino llano. Estaban los frailes y los indios muy descuidados, no pensando que llegara tan presto, y así los unos y los otros quedaron corridos por no haber solemnizado su llegada. Los indios de aquella Guardianía son otomíes, escepto unos pocos Mexicanos que hay entre ellos, y todos caen en el mesmo Arzobispado de México. El convento es uno de los cuatro del valle de Toluca, no estaba acabado, pero va bien hecho y lleva buen edificio; residen de ordinario en él dos religiosos. Allí descansó el padre Comisario aquella noche, y estuvo muy malo de una mano el difinidor, que del sol y calor de aquel dia y del trabajo del dia ántes, junto con su muncha edad se le hinchó y tuvo que curar algunos dias; hace por allí finísimo frio.

Los otros dos conventos del valle de Toluca sobredicho, son el de Calimaya y el de Metepec. El de Metepec es pequeño y antiguo, y está acabado, con su claustro alto y bajo, dormitorios, Iglesia y huerta, en la cual se dan muchos y muy buenos duraznos y otras frutas, y de

casi todas las hortalizas y legumbres de Castilla. Riégase todo con una poca de agua que viene de una fontecilla de allí cerca. Está fundado aquel pueblo en el valle sobredicho, muy cerca de un cerro llamado Metepec, que quiere decir cerro de magueis, que son unas plantas de quien adelante se dirá, y de allí toma el nombre; moran en el convento de ordinario dos religiosos, los indios que tienen á cargo unos son mataltzingas, otros matzaguas y otros mexicanos, y otros otomíes, aunque pocos; todos caen en el Arzobispado de México. Calimaya está dos leguas de Metepec, en el mismo valle, mas apartado de Toluca. El convento es viejo y pequeño como el de Metepec, residen en él dos religiosos: los indios del pueblo y de los demás de la guardianía son como los de Metepec y caen ansi mesmo en el Arzobispado de México. Cerca de aquel convento está una sierra muy alta, y en la cumbre de ella hay dos lagunas muy grandes y muy hondas, un poco apartada la una de la otra; en la una de ellas, considerando los indios de aquella comarca en su infidelidad, alguna deidad por verla en tal sitio, echaban dentro en el agua por sacrificio mucho copal, que es incienso de aquella tierra, y aun el dia de hoy dicen que se saca della mucho desto. Hay tambien allí cerca otra sierra muy mas alta, que tiene en su cumbre nieve lo mas del año; llámase la sierra nevada de Toluca ó de Calimaya. Hácese en este lugar mencion de estos dos conventos Metepec y Calimaya, juntamente con el de Toluca y Zinacantepec, por que cuando el padre Comisario general visitó la provincia de México no le dieron lugar para visitar estos cuatro, como entónces se dirá, y estarse há dicho de ellos para cuando se tratare de los demás.

Volviendo pues á nuestro camino, viernes cuatro de Enero salió el padre Comisario de madrugada de Cinacantepec, y pasado un riachuelo y algunos arroyos y un poblucelo de indios otomíes, y munchas cuestas y algunas barrancas y dos estancias de ganado mayor, y pasado finalmente otro riachuelo, y habiendo andado un rato perdido por otras barranquillas y ciénagas secas, llegó muy cansado y fatigado del sol á otra estancia llamada de Olmos, cuatro leguas de Cinacantepec, donde un religioso de aquel convento le estaba aguardando con la comida, aunque no comió bocado por ir como iba muy fatigado é indispuerto; comieron los demás frailes, aunque mal y de mala gana por la mesma ocasion, pero descansaron los unos y los otros como dos horas. Despues de mediodia salió de aquella estancia el padre Comisario con la fuerza del sol, y caminando por unas ciénagas secas y por entre unos largos y muy espesos pinares, pasadas unas sabanas y dehesas llenas de agua, llegó á una mala y pestilencial barranca, llamada de Malacatepec; bajóla con grandísimo trabajo por que es muy larga y penosa y se siente mucho su bajada. Finalmente, ya puesto el sol, llegó á un poblucito llamado Malacatepec, de donde toma nombre la barranca sobredicha, de indios otomíes, del Arzobispado de México, visita de clérigos, cuatro leguas largas de la estancia de Olmos, y ocho de Cinacantepec. Diéronle colacion dos frailes que estaban allí del convento de Toluca, y por no haber comido bocado en todo el dia comió entónces unos huevos: hace en aquel pueblo mucho frio y sintióse mucho aquella noche por tener poco abrigo y reparo. Corre allí junto un arroyo con que se riegan unas labranzas de tierra, y no muchas leguas de aquel lugar

hay unas minas de plata llamadas en lengua mexicana Tematzcaltepec.

Sábado cinco de Enero salió el padre Comisario muy de mañana de aquel pueblo, y pasado allí junto á las casas, por una puente de madera, un rio y despues algunas barranquillas y malos pasos, y muchos pinares, llegó al salir del sol á una barranca muy profunda, malisima de bajar y peor de subir. Por lo hondo de esta barranca corre un riachuelo, pasóle por el vado, por que una puente que habia en él de madera, estaba á la sazón quebrada, fué menester que se apease de la bestia en que iba para bajar y subir aquella mala barranca, porque estaba muy empinado el camino y ándase mal y con mucho peligro á caballo; lo mesmo se hizo en algunas otras por todo aquel viage. Pasada aquella barranca y andadas en todo dos leguas largas de camino llano entre pinares y montañas de altos árboles, y pasado un arroyo llegó á emparejar con un poblucito de indios otomíes, visita tambien de clérigos y del mesmo Arzobispado, llamado San Juanico: no se detuvo allí ni entró dentro el padre Comisario, porque está un poco apartado del camino y no se ofreció necesidad de ir allá. Pasó de largo, y pasados otros dos ó tres arroyos y un rio y algunas cuestas y barranquillas, entre montañas de pinos y otros árboles muy altos, llegó finalmente, poco antes de mediodía al pueblo y convento de San Juan Citacuaro, cuatro leguas pequeñas de San Juanico, donde fué recibido con mucho contento, devocion y alegría, así de los indios como de los frailes.

Es aquel pueblo del Obispado de Michoacan, y el convento el primero de los de aquella provincia, de la cual y de sus conventos y frailes y de cosas de aquella